

# SOCIOLOGÍA

LA INFLUENCIA CULTURAL DE CANARIAS  
EN LAS ANTILLAS HISPANAS: LA PENETRACIÓN  
DE LOS HÁBITOS SOCIO-CULTURALES  
DEL CAMPESINADO ISLEÑO  
EN LA POBLACIÓN NEGRA DE CUBA

POR  
MANUEL HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

1. INTRODUCCIÓN \*

La importancia demográfica revestida por la emigración canaria en Cuba es algo que hoy está por encima de toda duda. En un proceso histórico que arranca desde el siglo XVI y que adquiere su momento culminante en los siglos XVII y XVIII, la continua emigración isleña marca de manera decisiva la conformación del campesinado blanco cubano. Como señala el historiador cubano Levi Marrero, «Cuba está alimentada —en este período histórico— en casi la totalidad con pobladores canarios, llamados autonomásicamente isleños en Cuba desde el siglo XVII». Y es que, como refrenda el citado investigador, es tan palpable la influencia de la mentalidad del campesino isleño en la formación del mítico guajiro que se puede decir que «la vocación del inmigrante canario por el cultivo de la tierra llevó desde temprano a identificar al isleño con el campesino criollo

---

\* Este trabajo de investigación ha sido realizado con cargo al proyecto AMEGO-0793 del Plan Nacional de I+D de la CICYT.

al punto de que las costumbres, el habla y los hábitos del guajiro cubano evidencian un denso sedimento canario»<sup>1</sup>.

Este sedimento cultural adquiere su consolidación en el siglo XVIII, centuria en la que se puede definir que aparece caracterizado por sus rasgos generales este campesinado blanco, que adquirió su auge económico con el desarrollo del cultivo del tabaco. Ese predominio del campesinado blanco, en especial en las regiones de Vuelta Abajo, proximidades de la Habana, Matanzas, Pinar del Río y las Villas, y en menor medida en otras regiones del país, posibilitó la consecución, personificada en el isleño, de una unidad cultural que caracterizó a la clase campesina de Cuba e integró para sí los demás elementos culturales no canarios, debido al grado de concentración poblacional, la condición de hombre libre y la conservación de una base económica estable, debida a la cohesión familiar y comunitaria. De esta forma, la integración interétnica estuvo acompañada en las áreas rurales de Cuba de una específica integración por parte de componentes étnicos europeos y africanos que junto con los canarios participaron en el poblamiento rural. En razón de estos factores es indudable que tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo la cultura antecedente de la formación del campesinado cubano es esencialmente de origen canario<sup>2</sup>.

Mas si en el siglo XVIII asistimos a un proceso de consolidación de la cultura campesina cubana, teniendo como principal soporte la inmigración isleña, que se puede apreciar tanto en la estrecha identificación entre los vegueros y los isleños hasta el punto de que es difícil desligar esa actividad agrícola de su ejercicio por parte de los canarios, como en otros factores de índole cultural como la lengua o el folklore que presentan una notable herencia canaria; ese proceso reviste las mismas características en el siglo XIX, aunque ciertamente en menor medida desde el punto de vista poblacional. Sin embargo, podemos constatar que, según los datos censuales de Cuba de los años 1846

<sup>1</sup> LEVI MARRERO: *Cuba: economía y sociedad*, t. VI, p. 1; t. IX, p. 166.

<sup>2</sup> J. GUANCHE: «Aportes canarios a la cultura campesina cubana», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí (R.B.N.J.)*, 3.ª serie, núm. 26, La Habana, 1985, p. 51.

y 1862, el aporte proporcional de la población isleña es ampliamente superior al peninsular. Los canarios se mantienen por encima de los 2/5 del total de los emigrantes españoles hacia Cuba<sup>3</sup>:

	<u>1846</u>	<u>(%)</u>	<u>1862</u>	<u>(%)</u>
Población española total .....	47.010	100	116.114	100
Población peninsular .....	27.251	58	67.562	58
Población canaria .....	19.759	42	48.552	42

La distribución de la población isleña no es similar en todas las regiones de Cuba, por lo que su influencia socio-cultural no es igual en todas ellas. Se puede apreciar con claridad que durante el siglo XIX las áreas rurales de la Habana y Matanzas recibieron el grueso del contingente isleño. Las Villas y la tradicional zona de migración isleña, Vuelta Abajo, tienen una importancia menor, para ser más reducida en Puerto Príncipe y Oriente.

Uno de los rasgos cualitativamente importantes de esta emigración que puede ser una de las claves que contribuye a explicar su mayor arraigo y asimilación, como señala el profesor Julio Hernández<sup>4</sup>, es el alto porcentaje de emigración femenina isleña (27,44 por 100 del total frente a sólo un 10,2 por 100 en la peninsular). La notable abundancia de mujeres canarias puede explicar esa considerable influencia e integración socio-cultural sobre la población negra, como tendremos ocasión de ver más adelante.

## 2. EL CARÁCTER CAMPESINO Y DE PEQUEÑOS COMERCIANTES DE LOS INMIGRANTES ISLEÑOS

Dos factores influyen de forma considerable para explicar la influencia del isleño en el proceso de formación del campe-

<sup>3</sup> L. MARRERO: *op. cit.*, t. IX, p. 165.

<sup>4</sup> J. HERNÁNDEZ GARCÍA: *La emigración de las Islas Canarias en el siglo XIX*, Las Palmas, 1981, p. 166.

sinado blanco cubano. Por una parte, su independencia económica, su búsqueda permanente de un cierto bienestar a través del cultivo de pequeñas parcelas residuales —el veguero tiene su desarrollo en las zonas del país que cuentan con predominio isleño con estas características—, o mediante su trabajo como pequeño comerciante en una labor desestimada socialmente y con no poca carga peyorativa (pulpero, tabernero, billetero, baratijero, lechero...), trabajos en cierto sentido marginales que en el caso femenino cuentan también con la notable prostitución de numerosas isleñas. Ese espíritu de libre iniciativa, que tanto molestó a las élites dominantes insulares y que explica determinados condicionantes socio-étnicos de los que se reviste la consideración del canario en la Cuba de los siglos XVIII y XIX, se convierte en un poderoso transmisor de sus rasgos culturales y de comunicación interétnica, de particular influencia en sus habituales compradores, los esclavos y jornaleros negros que trabajan en los ingenios azucareros<sup>5</sup>.

El General Jerónimo Valdés describirá de forma crítica y llena de prejuicios algunas de las características de la emigración isleña: «Llegan aquí periódicamente isleños de Canarias en cuantos buques proceden de aquellas islas, y no bien pisan el terreno cuando se dedican a revendedores y buhoneros por las poblaciones y por los campos, y cuando más, al cultivo de alguna estancia inmediata a las primeras donde crían aves y ganados y siembran maíz, que cortan antes de producir fruto y que se destina para alimento de sus bestias con el nombre de maloja; expenden ésta, la leche y las aves en los pueblos vecinos, y a ello es reducida toda la industria y todo el trabajo de aquellos isleños, sin que sea posible inclinarlos a otro género de ocupación. En la que ejercen, han adquirido fuertemente gruesos caudales, sirviéndose también de los negros para las labores del campo y aun para la conducción de lo que venden en las ciudades, y estas ganancias excitan la concurrencia de sus paisanos sin necesidad de que el Gobierno les presente nuevos estímulos, y aun en más número que el necesario porque

<sup>5</sup> M. HERNÁNDEZ GONZÁLEZ: «El mito del indiano y su influencia sobre la sociedad canaria del siglo XVIII», *Tebeto*, núm. 4, Puerto del Rosario, 1992.

a falta de ocupación lucrativa se entregan no pocos al robo y el pillaje por los campos»<sup>6</sup>.

La mayoría de los baratilleros y los billeteros eran originarios de Canarias, tal y como señala Miguel Barnet. Calcagno en su *Romualdo* de forma paternalista comenta que «eran muy favorecidos por los negros: esos corazones de niños son muy felices con la posesión de una chuchería cualquiera, sobre todo si es de metal reluciente»<sup>7</sup>.

Las relaciones interétnicas sirven de nexo de comunicación socio-cultural en estas profesiones. Los billeteros, en opinión del citado investigador cubano, convirtieron a la Habana del siglo XIX en un garito. La afición reinante en Cuba hacia los juegos de azar y la lotería, que difundieron con profusión los emigrantes isleños en Canarias, motivado por la posibilidad de riqueza fácil que se convierte en un mito que caracteriza a Cuba como una tierra prometida, es tan notoria que se proyecta sobre la influencia social de los billeteros. De ellos diría el costumbrista C. G. Valdés que «bien mirados parecen una horda de gitanos en el seno de un pueblo culto»<sup>8</sup>.

El billetero nunca falta en los barracones de los esclavos negros. Estos compraban billetes con el dinero que recaudaban del producto de sus conucos o pequeños cultivos en los que sembraban yuca y criaban cerdos. No sólo tenía acceso al barracón, sino que «era la única persona que podía abrir las puertas de cualquier casa y entrar hasta el patio sin ser requerido». Con esa forma tan directa de contacto y esa familiaridad, el billetero se convierte en un centro difusor de ideas y concepciones de la vida, un agente eficaz del chisme y la alcahuetería<sup>9</sup>.

Otro típico personaje de procedencia mayoritariamente isleña era el lechero. Cecilia, la protagonista de la pieza más importante de la novelística cubana del siglo XIX «Cecilia Valdés o la loma del Ángel» de Cirilo Villaverde, se encontró con el le-

<sup>6</sup> L. MARRERO: *op. cit.*, t. VI, p. 166.

<sup>7</sup> M. BARNET: «El baratillero ambulante», *R.B.N.J.M.*, 3.ª serie, núm. 5, La Habana, 1963, pp. 29-30.

<sup>8</sup> ÍDEM: «El billetero en el siglo XIX», *R.B.N.J.M.*, 3.ª serie, núm. 6, La Habana, 1964, p. 19.

<sup>9</sup> ÍDEM: *op. cit.*, pp. 20-21.

chero, «isleño de Canarias que en el traje usual de los campesinos, con una botija debajo del brazo y un jarrito de lata en la mano, la saludó en el tono peculiar de su país». Como recoge Villaverde «el hombre de la leche iba a publicar su falta por todas partes aquella misma mañana»<sup>10</sup>. El arquetipo del isleño como difusor y nexa común de noticias a través de su divulgación chismosa es una caracterización sociológica que se difunde entre los cubanos explicitando el papel desarrollado dentro de la sociedad por los canarios y su estereotipo tópico.

El segundo rasgo que se forja en la imagen y en la realidad cotidiana de Cuba acerca del canario es su carácter mayoritariamente rural. El emigrante isleño es de procedencia rural, vive de las labores del campo en su tierra natal y en un alto porcentaje en Cuba continúa siendo un labrador. En un 90 por 100 analfabeto y de baja procedencia social, el peso de su cultura será oral. Primero como campesino independiente, que trabaja en pequeñas parcelas, se convierte en el guajiro que describe Esteban Montejo a través de diferentes generaciones que ininterrumpidamente se suceden desde el siglo XVII: «iban a negociar tasajo por la leche. Vendían a 4 cuartos la botella. Los negros la compraban porque el amo no daba leche. La leche cura las infecciones y limpia. Por eso había que tomarla»<sup>11</sup>.

Sin embargo, a partir de la segunda década del siglo XIX, y a tono con el miedo a las sublevaciones de los esclavos, sangrante el impacto de la revolución haitiana y sus secuelas, la colonización blanca se intensifica y los individuos de este color comienzan progresivamente a sustituir a los negros en las labores agrícolas derivadas del cultivo de la caña. Una parte considerable de estos trabajadores blancos serán de procedencia canaria. Como sostiene Julio Hernández, en apenas 20 años, del 43,5 por 100 que suponían los negros en 1841 pasan en 1861 a ser el 26,5 por 100 de la población. Represión del tráfico negrero e interés por introducir un trabajador blanco que a la larga se suponía ya más barato que el esclavo. En

<sup>10</sup> C. VILLAVERDE: *Cecilia Valdés o la loma del Ángel*, Caracas, 1981, p. 186.

<sup>11</sup> M. BARNET: *Biografía de un cimarrón*, México, 1968, p. 22.

condiciones inhumanas, mediante contratas, numerosos canarios comenzaron a trabajar en la caña, bien de forma permanente o estacional, en la zafra, entrando en contacto en las duras faenas del campo con esclavos y jornaleros negros, amén de con peones chinos<sup>12</sup>.

Esteban Montejo describía con gran carga expresiva su punto de vista acerca de los isleños, dándonos una visión significativa de lo que para el negro, o por lo menos para una cierta parte de la población de color, representaba su contacto diario con jornaleros canarios: «Los isleños no hablaban. Para ellos nada más que existía el trabajo. Eran zoquetes todavía. Como yo no me emparentaba con ellos me cogieron rabia. De los isleños hay que cuidarse porque saben mucho de brujería. A cualquiera le van un planazo»<sup>13</sup>.

Es una interpretación que sintetiza por un lado el carácter de trabajador impertérrito y sufrido del isleño que marcha a Cuba para ganar dinero con rapidez y con idea de regresar a su tierra; y por otro el respeto y temor que los mismos imponen sobre la comunidad negra por el supuesto poder brujeil que parecen tener. Esa convivencia cultural con sus conflictos y conexiones en todos los umbrales del trabajo campesino y de la vida contribuye a forjar un intercambio cultural y sociológico en el que ambas comunidades se influyen y transmiten ideas y concepciones culturales y psicológicas mutuamente.

### 3. ALGUNAS PLASMACIONES DE LA INFLUENCIA CULTURAL ISLEÑA EN LA POBLACIÓN NEGRA

En este trabajo hemos tratado de analizar las influencias que la población de procedencia canaria en su intercambio socio-cultural ha originado en la de origen negro. Ahora trataremos de analizar algunos aspectos de la misma.

<sup>12</sup> J. HERNÁNDEZ GARCÍA: *op. cit.*, p. 397.

<sup>13</sup> M. BARNET: *Biografía...*, p. 64.



Dentro de las expresiones en las que se puede apreciar esa influencia socio-cultural, uno de sus aspectos más relevantes es la brujería, como una de las preocupaciones esenciales del hombre en su lucha por la supervivencia física en este mundo y en el más allá. Como manifiesta la etnógrafa cubana Lydia Cabrera, «muy temible es también la brujería de los isleños, quienes nos han transmitido gran número de supersticiones y que brujan las isleñas como los brujos de Angola, aunque no chupan sangre»<sup>14</sup>.

Es bastante expresiva de esa transmisión el papel que desempeña la mujer isleña, en un doble aspecto del mito popular que sobre ella circula. Por una parte, la bruja es siempre de procedencia canaria, en la tradición popular cubana, tanto negra como blanca. Samuel Feijoo, estudiando estas creencias, nos explicita que se sostiene que son de la raza de las isleñas y que vuelan. Citando un testimonio, relata que «salían volando de Baracoa y visitaban a sus familiares en las Islas Canarias, y cuando regresaban traían plantas existentes en esas islas»<sup>15</sup>. Por otra la añoranza de la tierra siempre está presente en el mito tanto en el ánimo de los isleños, como en el resto de la población cubana. Un isleño de 80 años vio a su hermana que iba en una escoba volando. Le dijo que venía de su tierra y le abrazó, se puso a conversar con él y a contarle sobre los avatares de su familia. Más tarde «se escarranchó en su escoba y desde lejos me iba diciendo adiós»<sup>16</sup>.

La familiarización de los cubanos con la procedencia segura de las brujas de las Islas Canarias les lleva a dar por seguro ese origen en toda aquella curandera cuyas prácticas hagan sospechar que fuera bruja, como aconteció con una célebre en Cienfuegos, conocida como Ña Belen o la Vieja de las calabazas<sup>17</sup>.

Esteban Montejo relata como en Ariosa «yo vide como cogían a una, la atraparon con ajonjolí y mostaza y ella se quedó plantada. Mientras haya un granito de ajónjolí en el suelo, ellas

<sup>14</sup> L. CABRERA: *Notas sobre las religiones, magia y supersticiones de los negros criollos y el pueblo de Cuba*, Miami, 1971, p. 23.

<sup>15</sup> S. FEJOO: *Mitología cubana*, La Habana, 1986, p. 295.

<sup>16</sup> ÍDEM: *op. cit.*, p. 316.

<sup>17</sup> ÍDEM: *op. cit.*, pp. 302-304.

no se pueden mover. Las brujas para salir dejaban el pellejo. Lo colgaban detrás de la puerta y salían en carne viva. Aquí se acabaron por que la guardia civil las exterminó. No dejó ni rastro de ellas. Todas eran isleñas, cubanas no vide ninguna. Volaban aquí todas las noches de Canarias a La Habana en pocos segundos. Todavía hoy que la gente no es tan miedosa, dejan una luz encendida en las casas donde hay niños chiquititos para que las brujas no se metan. Si no eso será el aca-bose porque ellas son muy dadas a los niños»<sup>18</sup>.

Sorprende esa asociación de las isleñas con las brujas. Dentro de la brujería cubana la figura voladora son los brujos de Angola. «Los negros se iban volando, volaban por el cielo y corrían por la tierra. Los congo murundi eran los más que volaban. Desaparecían por medio de la brujería. Hacían lo mismo que las brujas isleñas pero sin ruido»<sup>19</sup>.

Una doble motivación socio-cultural aparece en esa identificación de la bruja y la canaria. Por un lado está identificada con el tradicional abandono de la mujer isleña por parte de sus maridos, que la dejan en Canarias y se olvidan por completo de ella. Eso crea un complejo de culpa y una frustración y mala conciencia entre los isleños residentes en Cuba que entablan relaciones con negras o bien se casan por segunda vez, cometiendo el pecado y el delito de la bigamia. El isleño es consciente de su delito por haber abandonado a su mujer y por ello teme por su aparición en la isla como bruja. «Vuelan las isleñas —sostenía un cubano—, yo se lo puedo jurar. Vuelan montando en escobas y vuelan sobre el mar. Mi abuelo era de Canarias. Vino a Cuba a trabajar la tierra y compró 2 ó 3 esclavos y una negra. Y pasó lo de siempre. Que la negra amaneció en el catre del amo y empezó a darle hijos. Esa negra que era conga de Luanda fue mi abuela. El abuelo mío había dejado mujer legítima en Canarias y no se acordó más de ella. Una mañana mi hermanita que tenía 7 años se despertó contando que una mujer que no conocía había entrado en el cuarto y le había dicho que no se olvidara de decirle a

<sup>18</sup> M. BARNET: *Biografía...*, p. 1126.

<sup>19</sup> ÍDEM: *op. cit.*, p. 41.

su padre que ella había venido. Dice mi madre que aquel hombre se enfermó de miedo. Sobre todo cuando recibió carta de Canarias en que la mujer le contaba que tal noche había estado en casa, que había visto con sus propios ojos lo que pasaba y que no había querido hacerle daño a su hija porque era una negrita muy bonita que no tenía culpa de nada. No volvió más. Por supuesto que mi abuela la conga sabía muy bien lo que tendría que hacer por su parte»<sup>20</sup>.

Otro relato incidía en un caso similar con la particularidad de que la mujer isleña recurrió a una bruja que le refirió que el isleño estaba enredado con una mulata en Cuba y seguidamente se montó con ella «con ungüento de mágica en el sobaco» y la llevó a la casa de su marido arrojando a la mulata en la cama y acostándose con ella. Al cabo de unos meses el isleño regresó a Canarias y se encontró a su mujer embarazada, y al recelar le hizo la bruja el cuento del viaje «y el isleño bajó la cabeza y cargó otra vez con su mujer»<sup>21</sup>.

La lucha entre pueblos «supersticiosos» se entabla y adquiere significado en este mito. La bruja simboliza el orden legal del exterior violado por el marido en Cuba. Presenta ese doble cariz que sería el segundo rasgo de la bruja isleña en Cuba, positivo, porque la bruja demuestra la mala conciencia del isleño al desentenderse de su mujer, y negativo porque arremete con el resultado de esa unión «nefanda», los niños, que es el objetivo de la acción de las brujas. De ahí que la negra se defienda con su magia contra los ataques de la bruja sobre sus criaturas.

Esa simbiosis de elementos culturales está siempre presente en la singularidad de la bruja cubana, que es la resultante directa de esa interacción de elementos criollos y canarios en esa convivencia entre isleños y negras que crea uno de los mitos presentes tanto en América como en Canarias, el de la mulata rica que se casa o mantiene relaciones extramatrimoniales con el isleño, que se enriquece a través de ese supuesto pacto demoníaco que sólo puede ser la motivación de esa alianza diabólica.

<sup>20</sup> L. CABRERA: *op. cit.*, p. 23.

<sup>21</sup> S. FEJOO: *op. cit.*, pp. 319-320.

Los negros se valen de la ceniza para atrapar a las brujas. Consideran que las de tabaco son las más eficaces. La oración de la Santa Cruzada, sin embargo, no tiene eficacia y no parece acabar con las brujas. Por eso, en esa doble vertiente de maldad y bondad que parecen personificar las brujas isleñas, increíblemente traban la escoba con ajo, que es siempre un obstáculo tradicional con el que se le hace frente a las brujas. «Trabajada» con ajo será en Cuba la escoba en que las brujas isleñas cabalgan por los aires<sup>22</sup>. En Trinidad se ponían ajo debajo del brazo para volar. Iban a las montañas donde se reunían y tenían sus bembes. Volaban por el aire tocando un tamborcito<sup>23</sup>.

Ese empleo del ajo no se puede entender sin esa dicotomía valorativa del papel de la bruja isleña. De ahí que sea significativo el papel desempeñado por los canarios como introductores del ajo en Cuba, como refleja Lydia Cabrera. Se emplea en la santería negra contra un sinnúmero de enfermedades como un curalotodo. «Los canarios nos enseñaron que la ristra de ajo tiene virtud para acabar con todo lo malo». Por eso se purifica mejor el interior de las casas, añadiendo un diente de ajo al sahumero de incienso, mirra, benjuí, laurel y azúcar prieta. Para que no falte el dinero, se echa la cáscara de ajo en el fuego de las cocinas, siendo el antídoto contra el mal de ojo, llevándolo en la cabeza entre el pelo atravesado por un gancho. E igual se aplica contra las picadas de alacranes, arañas y avispas; deshace las piedras de la vejiga, mejora el reumatismo, la gota, la sífilis y el tratamiento del mal de madre «que es una pelota que se forma y corre por el estómago y que su tratamiento sólo incumbe a las santeras», no pudiendo quedar al margen el empacho<sup>24</sup>.

Otra influencia de interés la vemos en el cardón, que se considera la quinina del pobre cuando padece el paludismo. Su leche ciega y su ceguera se cura lavando los ojos con la pelusa de la raíz de la parte inferior de la tuna hervida<sup>25</sup>.

<sup>22</sup> L. CABRERA: *op. cit.*, p. 274.

<sup>23</sup> ÍDEM: *op. cit.*, p. 296.

<sup>24</sup> ÍDEM: *op. cit.*, p. 295.

<sup>25</sup> ÍDEM: *op. cit.*, p. 370.

El ndoki es otro elemento expresivo de este proceso de asimilación interétnica. Existen dos clases: el oriundo de las Islas Canarias que no se mantiene con sangre humana y el africano, como los de la Loma del Cuzco, como la difunta Tona Jorrín que era ndoli, no quiere más que sangre. Ella chupó la sangre de todos los hijos de su vecina, quien al fin tuvo que mudarse para no perder a su última hija. Esta acción brujeril demuestra esos dos parámetros de interpretación del mal, derivados de dos concepciones culturales diferenciadas. Es interesante al respecto la virtud de la ruda frente a los brujos. En la casa donde crece esta planta los ndoki no penetran. Es siempre una precaución tener una mata de ruda en el patio, porque nunca se sabe quien vive a la otra puerta. La ndokería causa muchas desgracias, siendo los niños los más expuestos<sup>26</sup>.

Similares sincretismos los podemos apreciar en la yerba bruja, que sirve tanto para llamar al espíritu de una persona que se halla lejos como para amarrar a las mujeres que son infieles a sus maridos<sup>27</sup>.

En definitiva, la convivencia y el intercambio interétnico entre isleños y negros es un aspecto fundamental para el estudio del proceso de simbiosis que se va conformando en la sociedad cubana del siglo XIX y que contribuye a explicar los rasgos socio-culturales de un importante sector de la población cubana.

---

<sup>26</sup> ÍDEM: *op cit.*, p. 539.

<sup>27</sup> ÍDEM: *op. cit.*, p. 557.